



LA INQUIETUD POR LA FILOSOFÍA

ENSAYOS SOBRE CANON, HISTORIA Y CRÍTICA

Editorxs

**Facundo José Moine
María Carla Galfione**

La inquietud por la filosofía

*Ensayos sobre canon,
historia y crítica*

Facundo José Moine
María Carla Galfione
(Eds.)

Área de

Publicaciones

ffyh

Facultad de Filosofía
y Humanidades UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba

La inquietud por la filosofía. Ensayos sobre canon, historia y crítica / Carla Galfione...[et al.]; editado por María Carla Galfione; Facundo José Moine.- 1a ed.- Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1774-7

1. Filosofía Política. I. Galfione, María Carla, ed. II. Moine, Facundo José, ed.
CDD 199.82

Área de **Publicaciones**

Diseño de portadas: María Bella

Diagramación y diseño de interiores: María Bella y Luis Sánchez Zárate.

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



En busca del relato perdido: *positivismo de la ficción y microhistoria*

Andrés Carbel *

I.

Pensar, muchas veces, puede ser tan incierto como lanzar una flecha. Es sencillo elegir la dirección en la que apuntamos, y hacemos nuestro mejor esfuerzo por acertar al blanco. Con la incertidumbre que separa el instante inicial del instante final, nos arrojamus una vez más a pensar sobre nuestro presente y lo que hacemos con él.

El anclaje de este texto en el volumen colectivo se remite a la fascinación compartida por la obra de Foucault, pero sobre todo a la certeza de que para comprender el propio tiempo es necesario dotarlo de alguna inteligibilidad, y que en esa tarea la filosofía tiene algo para aportar. La pregunta por nuestra pertenencia “a este instante de humanidad” (Foucault, 2018, p. 62) requiere hacerse cargo de la incomodidad con la que vivimos la práctica filosófica académica dominante, que termina por destemporalizarla al interrumpir la pregunta por el tiempo pasado y presente.

Aquí nos preguntamos por los modos en que construimos nuestras indagaciones y específicamente por los relatos que elaboramos a partir de ellas. Creemos que en esos relatos se anuda la posibilidad de reconciliar, al menos parcial o momentáneamente, sentido y vida, pasado y presente, experiencia individual y colectiva. Creemos también que una vía fecunda para atravesar esta inquietud es en diálogo con el ámbito historiográfico, ya que no se trata de problemas que se acoten a estrictas delimitaciones disciplinares. Nuestro problema será abordado entonces en el diálogo entre una exploración por el positivismo de la ficción de “Michel Foucault y la propuesta microhistórica.”

* CONICET. CIFFyH, FFyH, UNC. LECYS, FTS, UNLP. andrescarbel@gmail.com

El punto de partida es entender a la posmodernidad como un fenómeno epocal aún operante. A pesar de que parece haber perdido la fuerza arrasadora que tuvo hace pocos años, sirve como clave interpretativa provechosa para analizar la tendencia a la fragmentación o dilución del horizonte común del tiempo contemporáneo. Serna y Pons sostienen que, si bien surgió como una categoría filosófica y sociológica, se constituyó en un fenómeno de época que describe “el estado de la sociedad presente, la condición del saber en sí misma y los límites del conocimiento” (2013, p. 179).

Petrucelli (2023), en similar tono, se refiere a una sensibilidad posmoderna que se impone como espíritu de los tiempos. Implica, entre otras cuestiones, el recelo ante la objetividad, la incredulidad ante la idea de verdad, el escaso interés en la ciencia, la sospecha ante lo universal, la tendencia a la fragmentación y el descentramiento permanente contrarrestado por la búsqueda de certezas personales, de tipo subjetivistas y/o identitarias. Se trata, en pocas palabras, de un romanticismo de nuevo cuño que hace culto de lo particular.

Si acordamos en que vivimos un tiempo marcado por una actitud escéptica y relativista, podemos también analizar sus consecuencias en el campo de la filosofía o las ciencias. Allí estas posiciones rara vez son adoptadas explícitamente. Aparecen de forma implícita, socavando la posibilidad de la fundamentación objetiva y metodológica del conocimiento y sembrando dudas acerca de la legitimidad científica. Reducida la ciencia a un discurso, se la considera uno más entre otros que compiten exclusivamente en función de su fuerza retórica.

Esta condición posmoderna persiste tanto en el campo de las ciencias sociales y humanidades como fuera de ellas, y tiene gran pregnancia en amplios contextos del debate público. El corolario es la dificultad por establecer criterios que permitan distinguir lo verdadero de lo falso y lo real de lo ficticio. Toda verdad es considerada relativa a un discurso, y éste a un punto de vista de la realidad. Se trata también, entonces, de una crisis de los relatos. De los que decimos y los que oímos, de los que intercambiamos incesantemente para tratar de comprender el mundo.

II.

Si la “crisis de los grandes relatos” –o de los relatos, a secas– muchas veces se asocia a la emergencia de la posmodernidad, Benjamin nos permite rastrear este malestar hacia comienzos del siglo XX. El filósofo alemán puso la lupa sobre una Europa donde se gestaban cambios civilizatorios de peso. Supo ver allí un proceso de cambio irrefrenable a partir del cual se produjo una transformación en el orden experiencial colectivo, que trajo aparejados la dilución del horizonte común y una tendencia a la fragmentación. Por supuesto, no fue el primero ni el último en analizar esta tendencia, que tampoco debiéramos considerar ubicua y constante. Algo de este orden aparece también en la obra de Reinhart Koselleck. Este autor afirma que el tiempo moderno supone un cambio acelerado de la experiencia histórica, donde la apertura a la novedad permanente produce un permanente desfase entre el espacio de experiencias y el horizonte de expectativas.

Lo que nos interesa de Benjamin es que llamó la atención sobre los géneros discursivos utilizados al relatar en relación con este problema. Hace ya casi un siglo, comenzaba *El narrador* planteando que la facultad de intercambiar experiencias estaba menguando, a partir de una imagen sugerente. En su texto, se constata el declive de esta capacidad cuando en una reunión, ante el pedido de escuchar una historia, la incomodidad se extiende por entre los presentes. En sus palabras: “con creciente frecuencia se asiste al embarazo extendiéndose por la tertulia cuando se deja oír el deseo de escuchar una historia” (Benjamin, 1971, p. 112).

¿Qué significa que ya no seamos capaces de intercambiar experiencias? Para el autor alemán el concepto de experiencia vincula la vida privada con la vida colectiva de los sujetos. Donde hay experiencia en el sentido propio del término, ciertos acontecimientos del pasado individual entran en conjunción en la memoria con elementos del pasado colectivo. Sucede en cultos, ceremonias y fiestas. Transformaciones tales como el surgimiento de las grandes ciudades obturaron estas posibilidades. El anonimato de la multitud produce, en su lectura, una vivencia atenuada de lo gregario. Esto repercute en vidas que pierden la dimensión comunitaria capaz de

dotar de sentidos al mundo. Esta experiencia sustantiva se atrofia progresivamente como marca distintiva del tiempo moderno.¹

La línea argumental de *El narrador* contrapone a la narración, tanto de la tradición oral como de diversos géneros escritos, con la novela. Este contrapunto abre varias derivas. Nos alcanza aquí con señalar que, para Benjamin, en la constatación del ocaso de los narradores se juega la dificultad por dotar de sentido al curso del mundo:

‘Los planetas recientemente descubiertos ya no juegan papel alguno en los horóscopos, y una multitud de nuevas piedras, todas medidas y pesadas, de peso específico y densidad comprobados, ya nada nos anuncian ni nos aportan utilidad alguna. El tiempo en que hablaban con los hombres ha pasado.’ (...) La época en que el ser humano pudo creerse en consonancia con la naturaleza, dice Lesskow, ha expirado (1971, p. 123).

Este proceso es también analizado por Palti. Lo vincula con la llegada de la “época de la representación”, que supuso la desnaturalización del lenguaje y reveló el carácter construido de toda objetividad: “roto el vínculo natural que unía las palabras y las cosas, ya no sería posible refundirlas (lo que supondría una suerte de reencantamiento del mundo)” (2003, p. 48). En la noción de mundo se articulaban sujeto y objeto, se condensaba un universo de sentidos inmediatamente percibidos, previos a toda reflexión y análisis, puesto que lo fundaban.

Es ese universo el que se ha roto, dejando lugar al orden inexpressivo de la ciencia astronómica. Los astros nada nos dicen sobre nuestra propia vida. El apogeo de la novela, volviendo al planteo de Benjamin, antes que resolver, escenifica esa dificultad por interpretar el curso del mundo. En su trama nos confrontamos con la dificultad de producir el reencuentro entre sentido y vida, y es en la identificación con el protagonista donde el lector centra su atención.

En *El Narrador* se hace también referencia al enmudecimiento con que los soldados volvían de la Gran Guerra: “Una generación

1 Muchos otros textos abordan también esta cuestión. Para un desarrollo de la noción de experiencia ver “Sobre algunos temas en Baudelaire”, donde se tematizan la obra del poeta francés y la reinterpretación de Proust (Benjamin, 2012).

que todavía había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos, se encontró súbitamente a la intemperie, en un paisaje en el que nada había quedado incambiado a excepción de las nubes” (Benjamin, 1971, p.112). Rodeados por fuerzas devastadoras y un mundo en cambio vertiginoso, los soldados se empobrecieron de experiencias. Periódicos y libros de guerra ofrecían información y explicaciones de lo sucedido en el campo de batalla, pero no historias con suficiente “amplitud de vibración”.

Benjamin señala que la distancia entre experiencia individual y colectiva, entre vida y sentido, ha sido históricamente suturada por relatos. Un buen relato es aquel capaz de articular experiencias múltiples en un nudo común. A la ruptura de los lazos tradicionales y sus experiencias colectivas le sobrevino una vivencia individual con dificultades para encontrar relatos capaces de narrar lo sucedido. Benjamin advertía que “es cada vez más raro encontrar a alguien capaz de narrar con probidad” (1971, p. 112). Las figuras que aparecen son la de la afonía, como la de los soldados que vuelven de la gran guerra, o la de discursos incapaces de relatar historias vibrantes, como periódicos o novelas, que remiten a la ausencia de narradores probos.

Al cuadro planteado por Benjamin, creemos que es posible incorporarle otra escena de nuestro presente. La de la tertulia atestada de personas dispuestas a contar una historia que, sin embargo, no redunda en restitución de la capacidad de intercambiar experiencias. Los comensales escuchan expectantes, pero esto no es signo de apogeo del arte narrativo. De forma literal o metafórica, por todas partes emergen discursos dispuestos a otorgar sentido a nuestras vidas.

Esto ha sido tematizado por especialistas en comunicación en otra clave. Para ellos los foros virtuales son espacios especialmente propicios para alojar infinidad de interpretaciones y relatos que se superponen como líneas paralelas, sin necesidad de confrontar los unos con los otros. La dinámica del debate propiciado por las redes sociales permite la gestación de burbujas o cámaras de eco, donde pequeñas comunidades pierden la audibilidad del afuera (Nogués, 2019). Esta dinámica nos remite a una situación paradójica planteada por Petrucelli. La conversación en tiempos posmodernos, en el mejor de los casos, transcurre de la mano de un subjetivismo desem-

bozado y una emocionalidad simplona, donde las palabras crean el mundo y son la principal fuerza de acción en él. Con peor suerte, es reemplazada por gritos, insultos, amenazas o silencio.

Creemos que esta situación no es ajena a las lógicas que rigen el ámbito de producción de conocimientos, con su división en parcelas estrictamente delimitadas. Este participa de un fenómeno general donde vida, mundo y sentido se encuentran en conflicto ante la desaparición del orden experiencial tradicional. En cada tertulia, un relato distinto, cuando no una multiplicidad de relatos que se superponen sin alterarse los unos a los otros. Entre tanto, la facultad de intercambiar experiencias y de construir alguna lectura común acerca del curso del mundo aparece cada vez más lejana.

Este ruido de fondo hace las veces de escenario para nuestra reflexión. El planteo de Benjamin contribuye a inscribir la condición posmoderna en una crisis más profunda que, insistimos, no puede asumirse invariable pero mucho menos inédita. El enfrascamiento y la incapacidad de articular experiencias colectivas deviene en la gestación de pequeños guetos sociales e ideológicos, que también surgen en las ciencias sociales y humanidades, y tiene como aliada a una lógica de producción académica hiperespecializada.

En el espacio abierto entre filosofía e historia, trataremos de pensar si es posible gestar narrativas que introduzcan una diferencia en este desconcierto general. Lo haremos en recorridos paralelos con implicancias mutuas, buscando hacia el final articular un sentido común.

III.

Es casi trivial señalar que la obra de Michel Foucault habilita múltiples lecturas. Sin embargo, un malentendido la rodea y remite a esta sensibilidad posmoderna, cuando creemos que en realidad puede ayudarnos a salir de ella. La multiplicidad que posibilita ha sido ampliamente trabajada, incluso en nuestro país, donde su recepción ha dado lugar a frecuentes y ante todo variados usos (Canavese, 2015). En muchos círculos se lo redujo a uno de esos caminos que habilita, imponiéndose una apropiación nihilista que destaca la recuperación del legado de Nietzsche, la permanente apuesta por una actitud crí-

tica centrada en “no dejarse gobernar de este modo” y el cuidado por evitar el uso irreflexivo de generalizaciones, patente en la prédica contra “los universales”.

En esta línea Foucault es recuperado una y otra vez como un pensador de lo particular. Aquí queremos hacer lugar a otra veta, como alguien que tuvo el arrojo de pensar el sentido de su tiempo presente, elaboró un dispositivo de investigación ambicioso y en diálogo con la escena que lo rodeaba. Dejaremos planteados algunos elementos para comprender su propuesta como un positivismo de la ficción, expresión que él mismo utiliza y nos resulta particularmente sugerente y potente.

Para ello podemos comenzar por remitirnos a su lectura de Kant. Foucault ve en el autor alemán la inauguración de un nuevo modo de filosofar, propio de la modernidad. Este filosofar se cifra en la particular relación establecida con el presente. Lo propio de Kant consiste en convertir al presente en acontecimiento filosófico, y reflexionar acerca de su sentido, su valor y su singularidad. ¿Qué diferencia introduce el hoy con respecto al ayer? Es en torno de esta cuestión que Foucault caracteriza a la filosofía como una “ontología del presente” o una “ontología crítica de nosotros mismos”.

En otro texto, también dedicado a Kant, menciona que su proyecto nace de una actitud voluntaria para reconquistar el instante presente mediante la crítica. Nos interesa destacar que, para Foucault, la crítica no puede concebirse de modo global y definitiva, ya que a cada paso ha de romper nuevos límites y por tanto no puede concebirse enteramente de una vez y para siempre. También que, a pesar de ser experimental, tiene su generalidad y sistematicidad. Es sistemática porque siempre remite a tres órdenes relativos a los sujetos: saber, poder y ética. Es general porque a través del análisis históricamente singular se aborda una y otra vez las formas de poder ejercidas y la experiencia que en ella tenemos de nosotros mismos. ¿Cómo encasillar a Foucault como pensador de lo particular, cuando en su obra encontramos esta preocupación, que reconoce la imposibilidad del pensar universal, pero mantiene viva la pregunta por el propio presente, general y sistemática?

IV.

Sin adentrarnos en detalles, nos interesa señalar cómo al interior del campo historiográfico reaparece también la dificultad por encontrar imágenes o relatos que se articulen en una dimensión global. Para el historiador Dosse, la reflexión acerca del conjunto cede terreno a una miríada de objetos singulares cuyas fluctuaciones son comprendidas en la escala de su propia temporalidad, sin otro principio de inteligibilidad que el factual. A su juicio, la estratificación del tiempo se remite hasta la propuesta braudeliana, que es el inicio de un largo derrotero que condujo al “desmigajamiento” de *Annales*.

Independientemente de si encontramos “el huevo de la serpiente” allí o no, es seguro que hace ya un tiempo apareció al interior del campo historiográfico la dificultad por encontrar un índice común que impida el desmembramiento del saber histórico. El planteo de Dosse sirve porque su lamento plantea en blanco sobre negro aquello que la ciencia histórica perdió en el camino: “Todavía no hace mucho la historia se escribía con mayúscula y en singular. Segura de su antigüedad y de su capacidad de realizar la síntesis, de racionalizar todas las dimensiones de lo real, buscaba, sino el sentido, al menos un sentido de la duración” (2006, p. 172).

V.

Una aproximación al filósofo italiano Giorgio Agamben puede alumbrar nuevas cuestiones. Es uno de los filósofos que aparece en la escena contemporánea como heredero del legado foucaultiano. El texto “¿Qué es lo contemporáneo?” retoma la inquietud que vimos en la lectura sobre Kant, acerca de cómo atravesar el tiempo presente. Allí establece, en pocas palabras, que para ser contemporáneo hay que establecer una relación de desfase o anacronismo respecto al propio tiempo. Una relación singular en la cual hay una distancia y a la vez una certeza de que éste, y ningún otro tiempo, nos pertenece irrevocablemente.

Esta relación singular debiera ser capaz de dar cuenta de un siglo –el siglo veinte–, que tiene su espalda rota. Solo se puede ser contemporáneo si se asume la necesidad de suturar la fractura que

separa al pasado del presente. Quien retrata de forma clara este desgarró es Remarque, quien como Benjamin sitúa su escena en la Gran Guerra. Allí se cuenta cómo Paul Bräumer, protagonista de su novela, rompe con su maestro Kantorek al llegar al frente de batalla:

Al fin y al cabo existen miles de Kantoreks y todos ellos convencidos de hacer lo mejor posible a su cómoda manera.

Precisamente en esto consiste su fracaso.

Deberían haber sido para nosotros, jóvenes de dieciocho años, mediadores y guías, que nos condujeran a la vida adulta, al mundo del trabajo, del deber, de la cultura y del progreso, hacia el porvenir. A veces nos burlábamos de ellos y les jugábamos alguna travesura, pero en el fondo teníamos fe en ellos. La misma noción de la autoridad que representaban les otorgaba a nuestros ojos mucha más perspicacia y sentido común. Pero el primero de nosotros que murió echó por los suelos esta convicción. Tuvimos que reconocer que nuestra generación era mucho más leal que la suya; no tenían más ventajas respecto a nosotros que las palabras vanas y la habilidad. *El primer bombardeo nos reveló nuestro error, y con él se derrumbó la visión del mundo que nos habían enseñado* (Remarque, *Sin novedad en el frente*, 1929, citado en Wolovelsky, 2015, p. 36, el destacado es nuestro).

Ser contemporáneo requiere para Agamben trabajar sobre el presente y también sobre el pasado, porque en la tragedia irresuelta del segundo anida la posibilidad de reconquistar lo actual. En definitiva, se trata de introducir una discontinuidad en el tiempo, que usualmente pensamos como movimiento sobre una línea recta sin sobresaltos. Es hacer de la fractura una cita y un encuentro entre los tiempos y las generaciones. De cada momento, una profecía o prefiguración del presente: todo esto que pasó y está pasando me pertenece.

Agamben permite introducir la dificultad que la pregunta por la actualidad trae consigo. Dificultad que está marcada por una tradición que se resiste a poner en juego elementos que permitan interpretar el presente. Sin embargo, su texto propone una clave de lectura que resulta en culto al anacronismo. Deja lugar a un caos temporal que hace gala de la confusión entre pasado y presente, en nombre de una actualidad declamada por quien la reclama. Cual viajero del tiempo, la experiencia que surja de una interpretación tal de lo contemporáneo parece más bien una realidad onírica.

A nuestro juicio, es posible tomar la ontología crítica del presente como una programática productiva para la filosofía, pero es necesario problematizar algunos elementos de la interpretación agambeniana. Mateo Belgrano (2020) toma los planteos de Agamben sobre la pandemia de COVID-19, y a partir de ese caso plantea una crítica a su forma de poner en marcha la arqueología foucaultiana. Como plantea el investigador argentino, creemos que la dificultad de Agamben para interpretar el tiempo presente radica en un hondo problema que lo excede: el modo en que la filosofía trata y trabaja con los hechos empíricos.

El paradigma, para Agamben, es un “objeto singular que, valiendo para todos los otros de la misma clase, define la inteligibilidad del conjunto del que forma parte y que, al mismo tiempo, constituye” (Belgrano, 2020, p. 146). Es una entidad transhistórica, atemporal, anacrónica. En *Homo sacer*, el campo de concentración ocupa ese lugar de modelo y ejemplo del contexto histórico-problemático en que vivimos, donde el estado de excepción como estructura jurídica define a la política contemporánea. Belgrano muestra que esta forma de interpretar al paradigma se ancla en una lectura de Foucault, quien para Agamben utiliza al panóptico del mismo modo, como el caso que define la matriz disciplinaria de la sociedad de control.

Sin embargo, en nuestra interpretación el panóptico es fundamental para explicar ciertos cambios en las relaciones de saber-poder, pero no es el paradigma a partir del cual se pueda leer toda su obra. Más bien, lo que aparecen es nuevas figuras fundadas en historicidades efectivas, que permiten renovar de forma continua la capacidad interpretativa. Agamben, en cambio, está impedido de observar los nuevos pliegues que la época presenta en su devenir. Se aferra a un punto del pasado y, encandilado por él, se priva de observar otros fenómenos en su singularidad.

Tal como lo sugiere Belgrano, Agamben sirve para “hacer un diagnóstico de la crisis de la filosofía” (2020, p. 141). Hacia el final de su artículo, el investigador recupera la lectura de Meillassoux, quien considera que la imposibilidad de hallar criterios para identificar las firmas del propio tiempo se remonta al giro kantiano, luego del cual “al renunciar al objeto en sí, [la filosofía] se independiza de la necesidad de la evidencia empírica” (2020, p. 150). Impedida de una

fundamentación última del *a priori*, horizonte o paradigma a elegir, una parte de la filosofía parece haber desistido de buscar la correlación entre objetividad y subjetividad.

Nuestra reflexión trabaja sobre esa falla. Particularmente, sobre las mediaciones y criterios utilizados para dar sentido al mundo. Este “giro empírico”, más que propicio, reclama una reflexión epistémica y metodológica. Creemos que una opción a explorar va de la mano con delimitar el modo en que una ontología crítica se realiza mediante una práctica histórico-filosófica. La interpretación agambeniana impide pensar un método de trabajo abierto al *novum* temporal. Sin embargo, como ya se ha dicho, ninguna tirada de dados abolirá el azar.

VI.

La propuesta de la microhistoria italiana, que ahora consideraremos, sirve para alimentar esa reflexión, especialmente en lo que hace a lo metodológico. El término ‘microhistoria’ puede conducir a equívocos, en la medida en que se la asocie exclusivamente a una reducción de escala y por tanto a una indagación centrada en lo particular. Contrapuesta a una macrohistoria, tomaría por objeto casos locales, aquellos que desde el punto de vista de los grandes acontecimientos sociales son prescindibles o insignificantes. Esta definición, si bien pertinente, por sí sola es insuficiente en relación con la propuesta que la corriente surgida en Italia pone en escena. Nos interesa retomar de este enfoque lo que suscita en torno a la fundamentación epistémica, la práctica historiadora y sus consecuencias metodológicas.

Carlo Ginzburg reivindica la apuesta cognoscitiva del saber histórico frente a las voces escépticas que identifica con la posición posmoderna. Lo hace inscribiéndolo en un modelo epistemológico común que también funciona como base de un amplio conjunto de disciplinas ligadas a las ciencias humanas, e incluso más allá de ellas. El “paradigma indiciario” al que el historiador italiano hace referencia es presentado como un tapiz sobre el cual se estructuran diferentes disciplinas con permanentes préstamos mutuos de métodos o términos-clave.

La microhistoria se asentaría entonces sobre una heurística que hunde sus raíces en prácticas tan antiguas como la caza o la medicina hipocrática. Se trata de “una actitud orientada al análisis de casos individuales, reconstruibles sólo por medio de rastros, síntomas, indicios” (Ginzburg, 2008b, p. 146). En la construcción de este método historiográfico concurren elementos disímiles. Por ejemplo, los saberes conjeturales que permiten a un médico describir los síntomas de sus pacientes como indicios de una enfermedad común, que es distinta en cada uno de ellos. O el estudio de la caligrafía y los detalles que permiten construir métodos de atribución de originales pictóricos a través de detalles aparentemente intrascendentes. En definitiva, el paradigma indiciario en que inscribe a su enfoque histórico recurre a saberes que no pueden desligarse de lo cualitativo, y por ende de lo individual, y no son capaces de generar el conocimiento científico riguroso que el modelo de ciencia galileano impuso como norma.

Esta propuesta no tiene principios categóricos, sino apuestas epistémicas más difíciles de formalizar. Propone elaborar un conocimiento riguroso y relevante, asentado en saberes ligados a prácticas y tradiciones populares. Estos se guían por criterios un tanto imponderables –olfato, golpe de vista, baja intuición– que permiten establecer zonas privilegiadas de indagación, donde buscar indicios y someter a prueba el desciframiento de la realidad. Allí los indicios sirven también para “disipar las brumas de la ideología, que oscurecen cada vez más una estructura social compleja” (Ginzburg, 2008b, p. 162). De este modo, constituyen una pieza clave en la medida en que se vuelven reveladores de fenómenos más generales, y la construcción de esa cadena de inferencias se vuelve el núcleo del oficio del historiador. De igual modo que se desarrolla la trama en una novela de Arthur Conan Doyle, donde un detalle aparentemente insignificante se vuelve fundamental para la resolución del crimen.

VII.

Nuestra lectura de Foucault, podría objetarse, hace caso omiso a las repetidas proclamas contra las totalizaciones arbitrarias. Sin embargo, no es en el vacío sino en la confrontación contra determinadas

formas de hacer historia y filosofía que estas proclamas fueron expresadas. La “dimensión estratégica” (Sztulwark, 2021) que signó a la propuesta del pensador francés nos obliga a leer sus confrontaciones como modos de producir un escenario de debate, y requiere por tanto de contextualización.

Foucault se opuso, sin dudas, al uso de categorías totales y a teorías trascendentales de cualquier signo. Se observa en la recuperación de Kant que ya realizamos, así como en la confrontación con la idea de una “historia global” o con la posición de enunciación del “intelectual universal”, erigido en “conciencia de todos” (Foucault, 1992, p. 193). Sin embargo, a ello no le opuso una celebración de lo local y lo particular, sino una noción de generalidad y especificidad.

Consultado en una entrevista acerca del “papel de los intelectuales hoy”, el filósofo francés renuncia a tomar la palabra como “maestro de la verdad y de la justicia”. Pero no niega la posición de enunciación como intelectual, ni mucho menos se desentiende acerca de la posibilidad de los intelectuales de participar de las luchas reales. Más bien, promueve una nueva politización que reconoce al intelectual específico como figura, quien se involucraría de una forma más inmediata y concreta en los conflictos. Señala que estos intelectuales enfrentan el peligro “de atenerse a luchas de coyuntura, a reivindicaciones sectoriales”, “de no poder desarrollar estas luchas por la ausencia de una estrategia global y de apoyos exteriores”, “de no ser seguido o de serlo por grupos muy reducidos” (Foucault, 1992, p. 197). No propone desentenderse de la función intelectual sino reelaborarla, ya que en “sociedades como las nuestras la ‘economía política’ de la verdad” (Foucault, 1992, p. 198) está centrada en el discurso científico y en las instituciones que lo producen.

Su obra habilita una noción de generalidad, aún en contraste con lo total o universal. La posición del intelectual puede tener, en sus propias palabras, una significación general, ya que el combate local o específico es capaz de producir efectos o implicaciones que no sean simplemente profesionales o sectoriales. Por ejemplo, Foucault menciona a Oppenheimer, quien a su juicio hizo operar su función específica en el orden del saber en tanto que físico atómico. O a Darwin y los evolucionistas, quienes en nombre de una verdad científica “local” intervinieron en las luchas políticas de su tiempo.

Similar operación observamos en la introducción de *La arqueología del saber* (2002), donde el pensador francés presenta una tensión al interior del campo historiográfico. Construye la escena poniendo, de un lado, la atención en largos períodos de tiempo por parte de historiadores, y por el otro, el interés en las interrupciones que emergen dentro de la historia de las ideas, las ciencias, la filosofía, el pensamiento y la literatura. Esta tensión tiene expresión en la dificultad por reconocer aquellas vastas unidades que se describían como “épocas” o “siglos”, y por la aparición de rupturas o discontinuidades que quiebran la lenta maduración y hacen ingresar un tiempo nuevo marcado por la desintegración del horizonte único. Esta escena pone en crisis tanto a la “historia a secas” (2002, p. 8), que borra la irrupción de los acontecimientos en provecho de estructuras más firmes, como a estas otras disciplinas históricas más específicas que multiplican las rupturas y presentan la discontinuidad.

Por detrás de esta tensión, dice Foucault, se enfrentan los mismos problemas: dificultad por seguir concibiendo a los documentos como expresión de un pasado que ha quedado desvanecido detrás, e intentos por definir en el propio tejido documental unidades, conjuntos, series y relaciones. Esta elaboración de la masa documental es la que reclama, a su juicio, una interpretación en sus propios términos, y ya no puede depender de una filosofía de la historia que asegure por detrás de ellos una naturaleza humana última.

Si “el tema y la posibilidad de una historia global comienzan a borrarse”, se ve en cambio “esbozarse los lineamientos, muy distintos, de lo que se podría llamar una historia general” (2002, p. 15). Propone partir de la discontinuidad y renunciar al centro en un relato, pero no por ello procede a abrazar la multiplicación de series hasta el infinito:

El problema que se plantea entonces –y que define la tarea de una historia general– es el de determinar qué forma de relación puede ser legítimamente descrita entre esas distintas series; qué sistema vertical son capaces de formar; cuál es, de unas a otras, el juego de las correlaciones y de las dominantes; qué efecto pueden tener los desfases, las temporalidades diferentes, las distintas remanencias; en qué conjuntos distintos pueden figurar simultáneamente ciertos elementos; *en una palabra, no sólo qué series sino qué “series de series”, o*

en otros términos, qué “cuadros” es posible constituir. (Foucault, 2002, p.16, el destacado es nuestro)

La generalidad Foucaultiana puede concebirse entonces como un movimiento que va de abajo a arriba, que se guía por un sentido epocal. Que trata de componer cuadros con base en los hallazgos singulares, pero sin atenerse exclusivamente a ellos. Que procura no saltar etapas y acudir a lecturas totalizantes, pero sin obviar que las coyunturas locales conforman también escenarios más amplios. Una generalidad que también podría delinearse en el rastreo de indicios rigurosos y relevantes, realizados en zonas de indagación privilegiados que permitan el descifrado de la realidad.

VIII.

El juego de hibridaciones y préstamos recíprocos entre narración histórica y narración ficcional que propicia el paradigma indiciario no apunta a difuminar la frontera entre ambas narraciones. Ponerlas en pie de igualdad en nombre de un elemento constructivo formal tendría como consecuencia, para Ginzburg, resignar la cientificidad de los relatos históricos. Esta dilución de una en la otra es atribuida a “la tendencia del escepticismo posmoderno” (Ginzburg, 2010, p. 11) expresado, por ejemplo, en el narrativismo de Hayden White. Lo que sí hay es una recuperación de las “demandas reales” (2010, p. 19) a las que escépticos y deconstructivistas responden.

Una de esas demandas, como ya hemos dicho, es la dificultad por establecer un mecanismo fiable de conexión entre el sujeto cognoscente y la realidad. La realidad, dice Ginzburg, no se puede conocer de manera directa. Trabajando sobre los elementos textuales, podemos distinguir como reales a los relatos históricos, y así diferenciarlos de los relatos ficticios. En “Descripción y cita” reconstruye minuciosamente cómo aflora al interior de la práctica historiadora “la conciencia de que nuestro conocimiento del pasado es inevitablemente incierto, discontinuo, lagunoso: basado sobre una masa de fragmentos y ruinas” (Ginzburg, 2010, p. 54).

Esta dificultad estaría a la base de las transformaciones del arte histórico en disciplina moderna. Por un lado, en la incorporación de las citas y notas al margen como elementos que enfatizaron que el

pasado sólo nos es accesible de modo indirecto, y permitieron elaborar a las fuentes históricas en cuanto tales. Por otra parte, en la distinción entre fuentes primarias y secundarias, que permitió poner a disposición testimonios no literarios y reconstruir hechos en ámbitos no tocados por la historiografía tradicional, “una masa de material documentario tanto más sólido, y tanto más atendible, que las fuentes narrativas corrompidas por errores, suposiciones o mentiras” (2010, p. 31). Así es que la historia desplazó su modo de construir fundamentos, de una tradición antigua centrada en la conmovición o evidencia narrativa hacia la prueba documental o evidencia histórica.

Considerando estas cuestiones, la reducción de escala propuesta por la microhistoria asume otra significación. El dilema real entre micro y macrohistoria radica en lo que permiten ver. La primera, mediante el ejercicio de una indagación documental exhaustiva, hace aparecer en escena a casos anómalos, que permiten renovadas interpretaciones del conjunto. *El queso y los gusanos* (Ginzburg, 2008a), por ejemplo, aporta precioso material y copiosas pruebas en favor de la capacidad de elaboración conceptual autónoma por parte de las clases populares. Este dilema no exime al historiador de perseguir la conciliación en el “constante ir y venir entre micro y macrohistoria, entre *close-ups* y amplios o amplísimos planos [*extreme long shots*], tal que vuelva a constantemente a poner en discusión la global del proceso histórico por medio de aparentes excepciones y causas de período breve” (Kracauer citado en Ginzburg, 2010, pp. 379-380). La microhistoria incorpora al relato las hipótesis, dudas e incertidumbres del historiador, evitando un relato omnisciente que cubra las lagunas que las fuentes presentan, de modo tal de volver los hiatos parte de la exposición de la incompleta verdad alcanzada.

IX.

Jacques Revel y Roger Chartier realizan, desde el campo historiográfico, una lectura similar a la que estamos explorando de Foucault. Revel recupera las primeras recepciones que *Historia de la locura* tuvo en *Annales* en un ensayo titulado “Foucault: el momento historiográfico” (2005, pp. 133-142). Entonces, una de las cuestiones rese-

ñadas positivamente fue la perspectiva que animaba a la obra, en la medida en que su abordaje, resueltamente pluridisciplinario, articulaba una perspectiva global y la inscripción en la larga duración de una historia europea.

Chartier (1996) señala que es esa distancia, tanto del estructuralismo como de la historia de los filósofos, lo que atrajo a los historiadores de Foucault. Contra esta visión simplificada de la historia se dirige el pensador francés en su respuesta a Sartre, donde afirma:

En general los filósofos son muy ignorantes respecto a todas las disciplinas que no son las suyas. Existe una matemática para filósofos, una biología para filósofos; pues bien, hay igualmente una Historia para filósofos. La Historia para filósofos es una especie de grande y tosca continuidad en la que se engarzan la libertad de los individuos y las determinaciones económicas o sociales. (...) En cuanto al mito filosófico de la Historia, ese mito de cuyo asesinato se me acusa, me gustaría haberlo realmente destruido porque era precisamente con él con quien pretendía acabar y no con la historia en general. La historia no muere, pero la Historia para filósofos, esa, sin duda, me gustaría terminar con ella. ("Foucault responde a Sartre", citado en Villacañas y Castro, 2018, p.44).

La operación foucaultiana resuena más allá del campo filosófico. Revel encuentra en su propuesta elementos para romper con un voluntarismo metodológico que asumía la unidad de lo social. En palabras de Chartier, Foucault habla de "fragmentos de realidad", cuyo ordenamiento hay que comprender en cada caso: un tipo de racionalidad, una manera de pensar, un programa, una técnica, un conjunto de esfuerzos, objetivos e instrumentos para alcanzar determinada cuestión. Todo ello es real, sin ser "la realidad" ni la sociedad toda.

Chartier utiliza como ejemplo la revolución francesa. Foucault se preocupa por reconocer las lógicas propias de cada ámbito, entre la filosofía emancipadora de la Ilustración y los dispositivos efectivos que surgen en aquel momento. Allí no aparece el tiempo de una ruptura global y total, sino más bien una insistencia en las discordancias que separan a las distintas series, que es posible trazar en un proceso de racionalización que hunde sus raíces en la conformación de una sociedad disciplinar. Es decir que, incluso un momento que tradicionalmente es leído como parteaguas, signo de nuevo tiempo, por la misma operación de construcción de una temporalidad de lar-

ga duración puede ser inscripto en otra serie: leído a la luz de otros fenómenos, con menor prestigio historiográfico.

La revolución de Foucault, según Chartier, sería haber vuelto imposibles los objetos naturales en el campo de la historia. En palabras de Revel, se trató de una renovación de la mirada: “Nuestros ojos (los de los contemporáneos, se entiende) están ‘gastados’. El hábito, la repetición, pero también la pereza, nos privaron de ver aquello que, de todos modos, ha dejado de ser visible, pero cuya existencia ni siquiera tratamos de presentir” (2005, p. 140). Es esta la batalla que Foucault libra contra lo trascendental. La que sedimenta a tal punto la interpretación de un tiempo histórico que vuelve impensable cualquier novedad en su interior.

Cada caso, antes que matriz de interpretación general, constituye una singularidad que aporta su novedad. Lejos de encontrar un índice global de los acontecimientos, se trata de reparar en lo que trae esa singularidad factual, incluso para renovar la lectura del conjunto. Esto es lo que denominará positivismo de la ficción, suerte de oxímoron que nos permitirá articular las reflexiones dispersas que venimos asentando.

X.

Revel también considera que la emergencia de la microhistoria debe entenderse a partir de la entrada en crisis del paradigma dominante en *Annales*. La crisis de la historia social aparece cuando el carácter experimental del enfoque asumido, embarcado en el ambicioso proyecto de lograr una inteligibilidad global de lo social, es olvidado. Los indicadores son naturalizados, cuando eran en realidad resultado de una invención de fuentes, de una construcción mediante explícitos procedimientos y elaborando hipótesis novedosas para someterlas a exigente validación empírica.

Inscripta en este debate acerca de los modos de hacer historia social, la microhistoria para Revel no solo cuestiona lo intocado de la escala, que tenía como supuesto una temporalidad continua a gran escala, sino que pone en acción una experiencia de investigación que a partir de ese síntoma muestra el crítico cuadro historiográfico general.

La renovación destacable de la microhistoria no pasaría entonces por la escala, sino por su apuesta a desarrollar una estrategia de investigación ya no prioritariamente fundada en “la medición de propiedades abstractas de la realidad histórica” (Revel, 2005, p. 47), sino procurando construir en su proceder una regla que integre y articule entre sí la mayor cantidad de estas propiedades. Para hacerlo, trabaja sobre el nombre como marcador singular. El hilo de un destino particular permite considerar la madeja de relaciones sociales donde se inscribe. Cada documento permite situar a este nombre en un contexto social, contribuyendo a establecer numerosas variables de forma móvil y compleja. Estas variables se convierten en mediaciones entre la racionalidad individual y la identidad colectiva.

En este pivoteo entre lo individual y lo colectivo los sistemas de clasificación generales o locales no son supuestos, sino observados en acción. Los contextos, a su vez, no aparecen de forma homogénea, sino que se busca identificar y comprender su multiplicidad para dar cuenta de la variedad de experiencias y representaciones que operan en ese destino singular. Aun cuando son contradictorios.

En *El queso y los gusanos*, el modo en que Ginzburg hace jugar a procesos y sucesos diversos es un excelente ejemplo de este ir y venir. El peculiar trayecto vital de Menocchio se lee a la luz de fenómenos de tan distinto orden como la invención de la imprenta, la reforma protestante y la contrarreforma católica, la organización productiva feudal y sus espacios de socialización, así como las tradiciones orales campesinas. La trama que sostiene el relato sobre el proceso inquisitorial de Menocchio remite a todos esos procesos colectivos, y al dar cuenta de ellos permite también observar las vacilaciones del individuo que transita por esos caminos. En palabras de Revel, aquí aparece un espacio de posibles donde también se puede ver el fracaso, la incertidumbre y la racionalidad limitada. Esta historia *au ras du sol* no es una pequeña historia, sino un espacio que permite aprehender las modulaciones particulares de los grandes sucesos.

En un texto reciente donde Levi (2018) contrapone a la microhistoria con la historia global, recurre a la figura de modelos generativos. Asocia esta idea a un planteo de Freud comparando el rol del psicoanalista y el papel del microhistoriador. A todo nuevo llegado

entre los hombres se le impone dominar el complejo de Edipo. Pero al analista le corresponde la tarea de determinar las diferentes posturas adoptadas por el sujeto en el reconocimiento y resolución de su Edipo. La microhistoria considera que a preguntas generales debe responderse con respuestas locales, considerando el amplio espectro de respuestas diferentes que se abren en cada situación.

El contrapunto de este enfoque, en la exposición de Levi, tiene del otro lado a una historia global que pone el acento en las convergencias, influencias recíprocas, la permeabilidad y debilidad de los límites. Una historia que a su juicio cae presa de “la exaltación de lo que triunfó”, por lo que se vuelve una historia extremadamente eurocéntrica. Una historia de Occidente y sus conexiones: lo que otros contribuyeron, el modo en que otros se vincularon con él, etc. En su recomposición del relato global, el centro del relato permanece incuestionado y por tanto se le incorporan detalles que no permiten ni pretenden conformar una nueva imagen.

Volviendo al planteo de Revel, el modo de narrar, desordenado o sobre interpretado, también colabora en la construcción del objeto. La microhistoria propone iluminar detalles que se imponen no por su extensión sino por su intensidad. Para hacerlo, invita al lector a participar en la construcción de su objeto y asociarlo en la interpretación, dejando a la mano los elementos que permitirán incluso asumir una diferencia, incorporar una pregunta o nota al margen. Se trata por tanto de una experiencia que mantiene abierta la interpretación de los propios fenómenos.

El enfoque microhistórico, a partir de un cambio de escala, propone trabajar sobre los modos de exponer y argumentar históricamente. Allí se involucra la complicidad del lector en el desciframiento de los sucesos, tomando como marcador nombres singulares o casos locales. Esos nombres habilitan una nueva forma de componer los contextos globales que los atraviesan. De este modo, pone en ejercicio una reinención de los modos de hacer historia, dando cuenta de la dificultad por continuar elaborando grandes relatos englobantes que poco dicen de la materialidad factual efectiva, pero reivindicando la apuesta cognoscitiva del saber histórico. A través de huellas e indicios, busca sentar un paradigma de conocimiento aplicable también a otros campos de las ciencias sociales.

XI.

La propuesta de Foucault nos permite repensar la manera de investigar, en la búsqueda de un saber en el que las positivities singulares se enlacen a través de un haz de relaciones. Este saber no pretende para sí universalidad alguna. Reclama en cambio generalidad y sistematicidad, es decir que se hace cargo de los efectos que sobre el conjunto pueda generar. No elude la lectura sobre una trama que permita establecer series de series. Quienes lo cultivan, operan como intelectuales, que tratan de no eludir la coyuntura global sobre la que operan sino de intervenir a partir de su especificidad. Ahora bien, el principal escollo para movilizar este enfoque puede describirse a través de una fórmula que Revel utiliza para referirse a Carlo Ginzburg. Su propuesta “ejerce la fascinación de los conceptos que se desearía poder utilizar si se supiera definirlo con exactitud” (2005, p. 57). Así interpretado, se trata de un enfoque teórico difícil de traducir en experiencias de investigación.

La ontología crítica de nuestro presente puede comprenderse en el plano teórico-metodológico como una práctica histórico-filosófica. Esto es pensado por Villacañas y Castro, quienes consideran a la arqueo-genealogía foucaultiana como una ciencia del acontecimiento, en tanto que este sea pensado como aquella ruptura que introduce una singularidad allí donde se advertía solamente continuidad estable y sólida. Se trata de leer la radical extrañeza que presenta una especificidad histórica.

Esta operación supone una redefinición de la filosofía, ya no centrada en la autorreferencialidad de los textos filosóficos, sino pensada como un conjunto de fragmentos que participan, junto a otros elementos, de las luchas de cada presente. También redefine a la historia, que deja de pensarse como ajustada al hecho y su forzosa casuística, y a su facticidad al margen de los conceptos que la guían, orientan y constituyen.

Villacañas y Castro denominan a este enfoque “positivismo de la ficción”, tomando la expresión del propio Foucault. El propósito está en identificar las construcciones contingentes, las prácticas de saber y poder que estructuran cada presente. Esta práctica histórico-filosófica invierte al trabajo filosófico y al análisis, en palabras de Fou-

cault, de “contenidos empíricos diseñados precisamente por ella” (Villacañas y Castro, 2018, p. 62). La empiricidad de los hechos no es dada, sino elaborada. La labor histórico-filosófica ha de convertirse en un saber positivo y material, siempre y cuando advirtamos que su elaboración supone una ficcionalización. Para ello, se vuelve imprescindible un relato capaz de articular sentido, una puesta en palabras que permita construir la red de relaciones que sostiene la inteligibilidad de cada acontecimiento.

El propósito de esta práctica no es reducir una causa a un conjunto de fenómenos derivados, sino hacer inteligible una positividad singular en lo que tiene precisamente de singular. Se trata de establecer relaciones en distintos niveles y donde ninguno aparece como primario o absolutamente totalizador. Una forma de análisis que el propio Foucault califica de estratégica. Involucra una operación de ficción en la medida en que quien la realiza compone la trama que da sentido a los acontecimientos involucrando a una serie de elementos no dados de antemano.

XII.

El positivismo de la ficción es un marco adecuado para intentar establecer una “vuelta a las cosas” para la filosofía. Esta particular manera de entender a la positividad permite establecer mediaciones entre el pasado y el presente, a través de una práctica histórico-filosófica que en este recorrido hemos nutrido de reflexiones que surgen del campo historiográfico. La materialidad repone así su protagonismo, disipando la presencia fantasmagórica que Agamben nos proponía mediante su anacronismo.

Como plantea Barbeito (1999, p. 218), en el discurso histórico todo sucede como atravesando una falla donde se escinden expresión, es decir narración, y referente, es decir hechos. Positivismo de la ficción y microhistoria exploran la profundidad de esa falla y permiten sacar provecho de ella. ¿Pueden los hechos decirnos algo? ¿Podemos dar sentido al mundo a partir de algunos de ellos?

Tanto positivismo de la ficción como microhistoria son enfoques que atacan el corazón del problema identificado en estas páginas. Trabajan especialmente sobre los modos de narrar, exponer y argu-

mentar, y permiten recuperar la función cognoscitiva de la práctica histórico-filosófica. Lo hacen a fuerza de reconocer su complejidad. El primero nos invita a convertirnos en artesanos de la verdad, que recogen e inventan fragmentos históricos singulares para hacerlos operar en relación con un conjunto de elementos de significación general. El segundo, a volvernos detectives del pasado que toman aquellos hechos pasibles de volverse indicios, en procura de un saber tan riguroso como relevante, reponiendo lo incierto y apelando a la complicidad del lector. En ambos casos hay una especial atención sobre la cadena de inferencias y su estructura narrativa, para sujetar el hilo por lo que tenemos al alcance de la mano y tirar todo lo posible de él.

En esa trabajosa articulación quizás haya alguna clave para suturar el tiempo pasado con el presente, y especialmente para superar la sensibilidad subjetivista de nuestro tiempo posmoderno. Quizás la articulación no esté en los textos que aquí analizamos y el diálogo que entre ellos propiciamos. Quizás ni siquiera la encontraremos entre líneas, pero estamos convencidos de que está en el relato que podamos componer a partir de los hilos sueltos que ellos dejan. En ese caso, habremos de alguna manera mostrado el punto.

Bibliografía

Barbeito, Ignacio (1999), “La máquina de ficcionar”. *NOMBRES. Revista de Filosofía*, 13-14, 215-226.

Belgrano, Mateo (2020). “El peligro de los paradigmas. Una reflexión en torno a la interpretación de Giorgio Agamben de la crisis sanitaria COVID-19”. *Revista de investigación del Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales [RIHUMSO]*, 18, 139-153. <https://doi.org/10.54789/rihumso.20.9.18>

Benjamin, Walter. (1971). *Iluminaciones*. Madrid: Taurus.

Benjamin, Walter (2012). *El París de Baudelaire*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

- Canavese, Mariana (2015). *Los usos de Foucault en la Argentina: Recepción y circulación desde los años cincuenta hasta nuestros días*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Chartier, Roger (1996). "La quimera del origen. Foucault, la Ilustración y la Revolución Francesa" en R. Chartier, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin* (pp. 13-54). Buenos Aires: Manantial.
- Dosse, François (2006). *La historia en migajas: De Annales a la "nueva historia"*. México: Universidad Iberoamericana.
- Foucault, Michel (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, Michel (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2018). *¿Qué es la crítica? Seguido de La cultura de sí: Sorbona, 1978 / Berkeley, 1983*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Ginzburg, Carlo (2008a). *El queso y los gusanos: El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Buenos Aires: Océano.
- Ginzburg, Carlo (2008b). *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*. Barcelona: Gedisa.
- Ginzburg, Carlo (2010). *El Hilo y las huellas: Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Levi, Giovanni (2018). "Microhistoria e Historia Global". *Historia Crítica*, 69, 21-35. <https://doi.org/10.7440/histcrit69.2018.02>
- Nogués, Guadalupe (2019). *Pensar con otros: una guía de supervivencia en tiempos de posverdad*. ABRE | El gato y la caja

Palti, Elías (2003). El “retorno del sujeto”: Subjetividad, historia y contingencia en el pensamiento moderno. *Prismas – Revista de Historia Intelectual*, 7(1), 27-49.

Petrucelli, Ariel (3 de marzo de 2023). “Crítica de la política y la (sin) razón posmodernas”. Agencia Latinoamericana de Información (ALAI). <https://www.alai.info/critica-de-la-politica-y-la-sinrazon-posmodernas/>

Revel, Jacques (2005). *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*. Buenos Aires: Manantial.

Serna, Justo; Pons, Anaclet (2013). *La historia cultural: autores, obras, lugares*. Madrid: Akal.

Sztulwark, Diego (2021). Clase abierta: Breve historia de la investigación política en Argentina (de Rodolfo Walsh a Rita Segato). Una conversación con Diego Sztulwark. *El periodismo en Crisis. Cómo hacer investigación política en el s. XXI* [Clínica a cargo de Mario Santucho].

Villacañas Berlanga, José Luis y Castro Orellana, Rodrigo (2018). Prólogo: Fragmentos filosóficos, talleres históricos. En: Villacañas, José Luis y Castro, Rodrigo(eds.) *Foucault y la historia de la filosofía* (pp. 5-27). Madrid: Dado Ediciones.

